



**“Cultura”, de Gabriel Báñez.
Editorial Mondadori. Buenos Aires,
2006. 180 páginas.**

Marisa Moyano
mmoyano@rec.unrc.edu.ar
Universidad Nacional de Río Cuarto

Si una estrategia transversal articula todo el texto de Báñez, ésta es la conjunción de parodia y comicidad, en una doble vertiente que hace oscilar la historia entre la provocación de la risa mordaz y un efecto de cinismo que destila “acidez” sobre el referente configurado por su discurso: “la Cultura”.

Precisamente de eso se trata la novela de Báñez: “Cultura” es una historia hilarante y procaz donde se revela, como una trama esquizoide, la real urdimbre de la burda cara y la cotidiana máscara de la política cultural ejercida en el campo de la función pública.

Con maestría y manejo envidiable en la manera de organizar la transición entre sátira y cinismo, el autor denuncia desde los desdoblamientos de la personalidad ezquizofrénica de Ibáñez -su personaje central, un funcionario de segunda o tercera línea en la maquinaria pública de la gestión de un organismo centralizado- la planificación y la instrumentación de la política cultural como simulacro. Porque más que de acción y gestión de la producción y acceso a la trama de significados culturales del hombre y el mundo, el simulacro de la historia define la existencia de la cultura no como arte, sino sólo como artilugio entramado en la función política del estado, valorado funcionalmente como estigma y marca de poder por una oscura serie de burócratas, artistas fracasados, figurones y funcionarios de carrera dispuestos a todo – incluso al ridículo, la delación y la adulación- con tal de ¿llegar? o ¿trascender? lo ordinario.

Desde la hilarante serie de “puestas en escena” y efectos paródicos del discurso acerca de una “cultura globalizada”, Báñez construye una caterva de personajes-tipos capaces de dar voz y cuerpo ficticio a una concepción de cultura como “espectáculo” que se resuelve en parodia tragicómica de una realidad que reenvía a los lectores a sus propias agendas de experiencias risibles acuñadas en torno a las actividades culturales

así entendidas, más que a la reflexión sobre una “agenda de la cultura” propia de un supuesto “mundo globalizado y posmoderno”.

En este marco, la esquizofrenia del juego de voces de Ibáñez & Ibáñez es la que permite al lector acceder desde ese punto focal a la escisión del personaje, entre la mirada de uno de los Ibáñez sobre una gestión que muestra como cultura una nada disfrazada de palabrerío, escenarios, fotografías, voces e imágenes de un duplicado hipercodificado como “cultura”, y otra mirada sardónica –la del otro Ibáñez- que emerge con una lucidez que acusa con ironía el montaje, la malversación, el discurso vacío, la medianía de la repetición y el hartazgo hasta el límite del sinsentido.

¿Cómo sobrevivir a la verdad única que subyace bajo el desdoblamiento de imágenes y el simple doblez? Si la medicación de Ibáñez hace desaparecer al otro, al Ibáñez lúcido que no calla, pregunta y evalúa desnudando lo que es esta cultura de “cartón piedra”, refiguración de pan y circo y luces de feria infantiles, sólo queda la palabra huera, la vana sombra de un editor/escritor censurado, el transitar anodino de una praxis trivial del arte y la cultura que nada tiene por decir a los hombres. Frente a ello, sólo queda, como lo señala uno de los funcionarios, “...organizar algo (...) Cualquier cosa, lo que sea, algo que tenga que ver con la cultura...”. Un simulacro más.

De este modo la novela se configura bajo el esquema constructivo de “el doble”, la doble articulación de su mordaz crítica con la risa saludable en la perspectiva de un mundo pequeñito que de algún modo todos conocemos y que se reproduce en “antros” e imaginarios, grandes o pequeños, por donde circulan arte, cultura y –siempre, también, indefectiblemente- sus aláteres, simulacros, imposturas e impostores.

“*Cultura*”, indudablemente, una sátira implacable para pensar y reír.